



(14)

## NACER EN JESUS

En el siglo I de nuestra era, cuando un pagano se convertía y recibía el bautismo de los prosélitos, todos los vínculos anteriores se estimaban rotos. Para significar esta ruptura se decía de él que era como un niño recién nacido. Sólo se trataba de una metáfora, entendida sobre todo en el plano jurídico; en el Nuevo Testamento se convertirá en realidad.

En este se enseña la necesidad de “volver al estado de ‘niños’ para entrar en el reino de los cielos (Mt 18,3): como el niño, el hombre debe consentir en recibir todo de Dios. Esta verdad se hará explícita en el cuarto evangelio: “el que no nazca de nuevo, no puede ver el reino de Dios” (Jn 3.3-5)

Todo nacimiento se efectúa a partir de un germen de vida que determina la naturaleza del ser engendrado. Para renacer sobrenaturalmente, el hombre debe recibir en sí un principio de vida venido “de arriba”, de Dios.

En Jn 3,3-5 no es ya la palabra, sino el Espíritu el que se da como principio de nuestro nuevo nacimiento. Es Él, el Espíritu Santo, el que a través de este nuevo nacimiento nos hace “hacernos como niños”. Para San Pablo es el Espíritu el que nos hace “hijos de Dios” (Rm 8,15ss; Gal 4,6). Nacimiento por la Palabra que se recibe gracias a la Fe, o por el Espíritu que nos es dado mediante el bautismo: he aquí dos principios complementarios de una misma realidad puesto que Palabra y Espíritu son inseparables: El Espíritu da eficacia a la Palabra. Como la creación (Gn 1,2ss) la obra de nuestra regeneración sería inconcebible sin el concurso de la Palabra y del Espíritu.

El 20 de diciembre de 1914, Jesús hace ver a Conchita cómo para “morar y para permanecer” en Él, es necesario un nuevo nacimiento que la lleve a “vivir y a reposar dentro de Él, muy dentro de su Corazón”:

*"Prepárate a nacer en Mí. Yo nací ya en ti, pero a ti te falta nacer en Mí, en un nuevo género de vida interior, de más pureza, y de más dolor.*

*Te falta transformación en Mí, Yo estoy en ti, te dije un día, pero tú no siempre estás en Mí, y es preciso que lo estés. Que vivas, respires y te muevas dentro de Mí, dentro de tu claustro Jesús, muy dentro de su Corazón."*

En la vida cristiana todo comienza por un descubrimiento del rostro de Cristo que nos seduce, nos atrae y nos cautiva. Esta iluminación de los ojos del corazón introduce en nosotros la caridad de Cristo que nos urge a vivir esta vida del Espíritu escondida en nuestro corazón. Pero, este proceso se ve contrarrestado por la presencia del hombre viejo que se opone a su desarrollo. De aquí que el Señor le diga:

*"Y, ¿sabes tú, qué es nacer en Mí, crecer y desarrollarse en Mí? Es la perfecta transformación; es beber mis sentimientos mismos; es identificarse Conmigo y con la voluntad del Padre que es la Mía; es simplificarse; es la invasión del Espíritu Santo en el alma que se pierde en Mí, por un efecto de su gracia y poder."*

La aspiración de toda vida es realizar su naturaleza. Crecer es la ley, y así como toda vida cuando nace está destinada a crecer y a desarrollarse, así también, esta vida nueva “en Cristo Jesús”, debe desarrollarse en ella hasta llegar al “estado de hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo” (Ef 4,13). Esto la lleva a beber los mismos sentimientos de Jesús para reproducirlos en su propia vida. Necesariamente, a semejanza de Jesús, tendrá que ser ‘purificada para purificar’ y así nacer a la vida nueva que Dios le ofrece. Conchita no comprende bien lo que el Señor le dice, por eso le pregunta:

- ¿Pero qué no es más el que nacieras Tú en mi corazón que yo en Ti?

Pregunta interesante para todos nosotros que nos hace ver cómo, si es verdad, que la vida cristiana es gracia, “nadie viene a Mí si el Padre que me ha enviado no lo atrae” (Jn 6.44); la gracia no anula la respuesta del hombre y pide su colaboración. Por eso el Señor le dice:

- *"Esto es continuación de lo otro, porque nadie nace en Mí, si antes no nazco Yo en él, si no lo atrae mi Divinidad... Prepárate pues, a una vida muy pura... C.C. 39,303-304. 23 de Diciembre de 1914.*

Un día después, el Señor le hace entender cómo en esta vida nueva que le ofrece, hay pasos que van haciendo más sólida la vida de unión con Él. Medios privilegiados son los Sacramentos. Desde ahora nosotros participamos en la Resurrección del Señor por el Espíritu Santo que actúa en los Sacramentos del Cuerpo de Cristo (Cat. Igl. Cat. # 556). Así se lo hace entender el Señor:

- *"Mira hija, para resucitar en Mí, se necesita primero, nacer en Mí. Se nace en Mí por el bautismo, y se renace en los otros sacramentos. Pero este nacimiento tuyo en Mí del que te hablé ayer, es un nacimiento místico, una gracia mística pero real, de amor de predilección, y de muchas gracias para el alma. Purifícate para nacer en Mí y sentirás los efectos de esta nueva clase de unión Conmigo."*

A semejanza de Nicodemo que no entiende cómo puede uno nacer siendo viejo (Jn 3.4), Conchita objeta:

- Señor, pero ¿cómo nazco en Ti, tan vieja, tan fea, tan mala? El Señor le dice:

- *"El alma no tiene tamaño, pero si negrura y blancura según su voluntad. Ponla pura, porque Yo no adhiero a Mí a lo que no lo es."*

Como el profeta Isaías que siente la necesidad de purificarse ante la contemplación de la santidad de Dios, Conchita pide al Señor la purifique de sus pecados:

- Dame, Dios mío, una perfecta contrición de mis pecados (C.C. 39, 310,311).

Ampliando este tema, el Señor le hace ver cómo Él está presente en sus criaturas por una doble presencia, bien por su presencia creadora o de inmensidad, bien por su presencia de gracia; de aquí que le diga:

*"Fíjate en que no es lo mismo nacer de Mí, que nacer en Mí. De Mí, todos y todo nace, todos reciben el ser: pero vivir en Mí, nacer en Mí (no hablo de mi universal presencia) solo las almas, y en un sentido de gracia mística, con unión muy íntima del alma Conmigo, lo que te voy diciendo.*

*Yo te engendré de toda la eternidad, y naciste en mi Iglesia como hija predilecta; pero ahora nacerá tu alma en Mí, recibiendo de mi poder, un renuevo poderoso de gracia para mis fines."*

El fin último de la vida cristiana es elevar al hombre a la unión divina y educarlo para que aprenda a dejarse transformar en Cristo por el Espíritu Santo. Es el sentido de la respuesta del Señor a la pregunta de Conchita sobre "lo que pretende con todo esto":

- ¿Pero qué pretendes, Jesús mío, de tu pobre criatura?

- *"Unificarla; inyectarle mi misma vida."*

Un requisito indispensable para la acción del Señor en ella, es la infancia espiritual tal como Jesús mismo lo dice en el Evangelio: "Si no os hacéis como niños no podéis entrar en el reino de los cielos". Aquí el niño es un ejemplo palpable de quien se siente y se sabe "pequeño" y necesitado del apoyo de los otros a los cuales se confía ilimitadamente. Así es como el hombre tiene que comportarse respecto de Dios. Tiene que ser consciente de que no se puede ganar la salvación a pulso, sino que únicamente la puede recibir como don de Dios, con tal de que todo lo espere de Él y se confíe totalmente a Él colaborando con la participación que se le pide. Se trata de la disponibilidad a "dejarse hacer" como el Señor lo enseña continuamente a Conchita: **"déjate hacer, que cuando Yo trabajo, avanzo más en un instante que tú en muchos años"** (C.C. 3,219-220).

- *"En Mí, me dijo, se puede nacer de cualquiera edad, pero advierte que siempre el alma que nazca en Mí debe ser niña; es decir, debe tener las cualidades de un niño, sin voluntad propia, ni arrogancia, ni soberbia, siendo feliz en recibirlo todo de arriba o de abajo, en conformarse con todo ciegamente, con el candor, la sencillez, y la transparencia del alma de los niños. Así se nace en Mí, adaptándose sin resistencia a cualquiera forma o transformación".*

Las virtudes son el medio a través del cual son reducidos a la vida los grandes misterios de Dios y de Cristo. Las virtudes de Cristo son eminentes y redentoras, es decir, alcanzan gracias de purificación y de crecimiento para todos los miembros de la Iglesia. Por eso, ante la impotencia que Conchita siente para calcar en sí misma las virtudes de Cristo, el Señor le hace ver cómo Él será glorificado en ella en cuanto le permita proyectar su santidad en su vida y en sus actos, mediante el ejercicio de las virtudes.

**Que este año jubilar de Concepción Cabrera de Armida que estamos concluyendo**, nos impulse día a día a "nacer en Jesús" para gloria de Dios y salvación de los hombres. Así, el compromiso de una fe vivida al máximo, sanará al hombre de hoy que es más sensible al testimonio de vida que a las ideas. En este sentido *los místicos son los guías más seguros para ayudarnos a mirar "dentro" de la realidad y "más allá" de la realidad. ¡Ellos son los verdaderos mistagogos! (P. Raniero Cantalamessa).*

Tomado del libro "Nacer en Jesús"  
de Clara Eugenia Labarthe, rscj